

Prolegómenos para un estudio del narcotráfico

*Enrique González Rojo Arthur**

La maleza ideológica que cubre este tema no es demasiado espectacular. El contenido medular del mismo pretende ser de carácter moral y basarse en valores de índole social. Los narcotraficantes son los malos, los perversos, los enemigos de la salud pública y la sociedad en conjunto. El gobierno que los combate, y los instrumentos armados de que se vale, son los buenos, los defensores de la colectividad y de la salud de los ciudadanos. A esta simpleza se reduce la justificación del Estado en su embate contra el tráfico de drogas.

Planteamiento éste falso a todas luces, si tomamos en cuenta que la economía formal, genera y vende verdaderos venenos para la salud —armas, alcohol, cigarros, comida chatarra, transgénicos, etcétera— y que el narcotráfico —la “otra acumulación”— está entroncada estructuralmente con la economía capitalista tradicional.

Un método adecuado para abordar este estudio —dejando de lado deliberadamente las formas habituales “moralistas” de realizarlo— es hacer a un lado lo que dicen los gobiernos, sus medios de difusión y sus ideólogos para justificar sus acciones, y *examinar el modo de operar y los fines perseguidos por esta economía*.

La fórmula predominante en la “otra economía” o sea la del narcotráfico es, como en todo capitalismo, D-M-D'. Con la D inicial (o sea una inversión que se destina no a la economía formal ni a la informal, sino a la narcoeconomía) se gesta, en negocios que pueden ser grandes, supergrandes o pequeños, la droga, el estupefaciente, el fármaco o las anfetaminas. La M es, pues, la mariguana, la cocaína, el éxtasis, etcétera. La realización de la M produce una D'. La prima de la D, el incremento de la inversión, en una palabra, el lucro, es aquí especialmente elevado, ya que tiene un precio de monopolio. Por eso es dable asentar que el narcotráfico *es una forma fast track de acumulación*: con él se generan voluminosas ganancias en el menor tiempo posible. No es arriesgado afirmar que hubo una *acumulación originaria* de este capitalismo y sucesivas reproducciones ampliadas del mismo hasta llegar al narcotráfico actual.

* Maestro. Filósofo y Poeta.

De la misma manera que en la acumulación primitiva del capital en general, hay que tener en cuenta tres elementos: *a)* quién funge como capitalista y por qué puede hacerlo, *b)* quién se convierte en trabajador asalariado y por qué se ve obligado a serlo y *c)* quién adquiere y consume el producto elaborado. En la acumulación originaria del narcotráfico —en las primeras inversiones llevadas a cabo en este enclave de la economía— se precisa esclarecer los mismos tres aspectos.

Pero antes de hacerlo, conviene tener en cuenta que la acumulación primigenia del narcotráfico se halla subordinada al capitalismo existente o a la economía formal imperante. Si la acumulación originaria del capital surge en el feudalismo, desgajándose de él, la acumulación primera del narcotráfico emerge en el capitalismo moderno, desgajándose de él.

Los primeros empresarios en el capitalismo tradicional fueron los comerciantes, los usureros, los maestros artesanos, etcétera que expropiaron los medios de producción; los primeros proletarios, los campesinos y los artesanos despojados de las condiciones materiales productivas, que se ven en la necesidad de vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario; los primeros consumidores de los diferentes sectores de la sociedad con poder de compra.

Por su parte, los iniciales narcocapitalistas surgen del capitalismo tradicional. Son quienes, hambrientos de ganancias, advierten que el narcotráfico es quizás la más rentable de las actividades económicas, debido a que los compradores de su producto conforman un conjunto de consumidores cautivos por la dependencia que trae consigo la adicción. Pero estos narcocapitalistas necesitan mano de obra, fuerza de trabajo que valore el valor. ¿De dónde la adquieren? En general de los desocupados del campo y la ciudad o de los sectores más desvalidos y peor remunerados de la economía.

El neoliberalismo, en efecto, además de ser una permanente fábrica de pobres, jamás puede lograr la ocupación plena. Todavía más. La desocupación, generalmente de grandes multitudes, es un elemento enganchado estructuralmente al capitalismo salvaje. En México, por ejemplo, la falta de empleo hace que la fuerza de trabajo se canalice principalmente hacia tres partes: a EUA en la emigración, a la economía informal y al narcotráfico. La mano de obra del “otro capitalismo” lo proporciona, por tanto, el capitalismo en su forma neoliberal.¹ Hay que subrayar, entonces, *que el capitalismo neoliberal es el responsable fundamental de la forma narco de producción y todo lo que ello implica.*

Además, y a pesar de los peligros y degeneraciones morales que acarrea, es una práctica atractiva para los desocupados, ya que, a más de darles trabajo, se les paga sueldos elevados —y a veces excepcionales— en comparación con los sufragados en la economía legal. Las ganancias exorbitantes que gana el capital que opera en la rama económica de la drogadicción, le permiten pagar un salario (capital variable)

¹ Hacia otro tanto, desde luego, el capitalismo del Estado benefactor, pero lo llevaba a cabo sin duda en menor proporción.



En el mayor número de casos, la demanda supera la oferta en este giro económico y, con ello, hace que el precio de la droga sea especialmente elevado.

muy por encima, por lo general, del devengado en la economía capitalista dominante. La producción de drogas tiene asegurada en general la demanda. En el mayor número de casos, la demanda supera la oferta en este giro económico y, con ello, hace que el precio de la droga sea especialmente elevado.

Al hablar de la demanda en esta economía, se precisa poner de relieve el carácter internacional o la economía globalizada del narcotráfico, ya que los capitalistas narcoproductores y, por tanto, oferentes, con frecuencia no tienen su principal consumidor o demandante en el país en que producen sembradíos de marihuana, opio, etcétera, sino en otro país. En América, por ejemplo, como es bien sabido, el gran consumidor de droga es Estados Unidos, y los otros países implicados en esta economía —en especial México y Colombia—, sin dejar de ser productores y consumidores, son importantes lugares de tránsito de toda suerte de estupefacientes al país del norte.

Si el narcocapital tiene en común con el capital tradicional la acumulación originaria y la reproducción ampliada del mismo, difiere de él en que no pasa por las etapas de la libre competencia y el monopolio o, dicho de manera más detallada, no se identifica con el proceso histórico que, impulsado por la concentración y centralización, hace que la economía concurrencial, después de cierto tiempo, genere necesariamente su contrario: el monopolio y sus diversas modalidades. Del narcocapital

se puede afirmar que, prácticamente o en general, y después de la acumulación originaria, se saltó la fase de la libre competencia y se ubicó de golpe en el monopolio o, lo que tanto vale, en la *cartelización* de esta economía.

Como se sabe, el monopolio difiere de la libre concurrencia en que logra adueñarse de un mercado y su territorio y excluir a los competidores; la libre concurrencia, en cambio, ve al mercado no como algo “suyo”, sino como el ámbito donde, por medio del juego de la oferta y la demanda, compiten una serie de capitales pugnando por realizar sus productos en las mejores condiciones y con los mayores beneficios posibles.

En el capitalismo tradicional el monopolio sucede a la libre concurrencia y acaba por eliminarla mediante una serie de mecanismos más que nada económicos que, aunque no están exentos de cierta violencia, ocurren de manera más o menos pacífica. En el narcotráfico, los monopolios —los llamados *cartels*— se pelean los mercados y territorios de la droga mediante la violencia extrema. El salto de la acumulación primitiva al monopolio no se realiza de manera fundamentalmente económica —como ocurre con los desequilibrios de la “competencia perfecta” en el capitalismo tradicional— sino por medio de la fuerza, la amenaza, el asesinato, es decir, echando mano de procedimientos extraeconómicos desconocidos en la competencia capitalista habitual. ¿Cómo es posible esto? ¿Por qué los *cartels* del Golfo, del Pacífico, Los Zetas, etcétera pueden posesionarse por la fuerza, en lucha a muerte de unos contra otros, de mercados excluyentes e imponer en ellos no el precio que surge o podría surgir de la libre competencia, sino el precio de monopolio que les produce beneficios excepcionales? La razón de ello es que los *cartels* del narcocapitalismo son *monopolios armados* y frecuentemente con armas de alto poder.² Esta permanente guerra intermonopólica es posible porque un giro especial de la economía capitalista —el de la construcción y venta de armas— abastece a “la otra economía” y le brinda la posibilidad de conquistar mercados y lugares geográficos y mantener vigilancia sobre ellos.

A la luz de esta innegable y ominosa situación, ¿cómo es posible aceptar la ya mencionada “explicación” gubernamental de que la guerra del Estado (por ejemplo el mexicano) contra el narcotráfico se justifica por ser una lucha del bien contra el mal?

Pero hay algo más. Mientras en el capitalismo tradicional la plusvalía (o trabajo impago) tiene que dividirse en dos partes: la *plusvalía capitalizada* (aquella que se reinvierte en la adquisición de más capital variable y más capital constante para producir el capital de manera ampliada) y la *renta* (la parte del trabajo excedente que se apropia el capitalista y canaliza hacia su consumo individual de bienes de primera necesidad y de lujo), en el narcocapitalismo se divide la plusvalía no en dos partes, sino en tres: el excedente capitalizado *a*) el excedente capitalizado *b*) y la renta. El excedente capitalizado *a* corresponde a la parte del “beneficio” que se reinvierte en

² Que les permite luchar en dos frentes: contra los otros grupos del narcotráfico y contra el Estado.

la narcoeconomía o en el negocio de las drogas, con el objeto de reproducirse de manera ampliada. Aquí no sólo se invierte en la adquisición de nuevo capital variable y capital constante, sino en la obtención de armas cada vez más sofisticadas y que forman parte de su operatividad. El excedente capitalizado *b* alude a otro tipo de inversión: al *lavado de dinero*. Y la renta, como en el caso precedente, hace referencia al consumo exagerado y dispendioso de los narcoposeedores.

De lo anterior se deduce que el narcocapitalismo, como el capitalismo tradicional, es una economía de clases sociales, en donde la explotación del hombre por el hombre es un fenómeno tan estructural como en la economía capitalista dominante. Este narcocapitalismo no se halla, sin embargo, separado del capitalismo tradicional, sino que es más bien su engendro, su excrecencia, y con el cual no puede dejar de establecer, pese a la lucha en que se hallan enfrascados, una innegable y permanente interinfluencia.

Con el excedente capitalizado *b*) es decir, con el lavado de dinero, el narcocapital se mueve en dos pistas: la del dinero “sucio” —el obtenido en la producción y venta de drogas— y el dinero “limpio” —el invertido en la economía capitalista tradicional. Esta es una de las razones —no la única— por la que es importante reafirmar que el narcotráfico, desde el punto de vista económico, no es una economía paralela, autosuficiente y autónoma respecto al capitalismo predominante, sino que forma parte de él, penetrándolo y, simultáneamente, recibiendo su influencia y condicionamiento.

El objetivo del lavado del dinero sucio es hacer que éste último pague impuestos al fisco y sea considerado como procedente de una actividad lícita, ya que el dinero sucio (o de la economía informal) que no sufraga la carga impositiva correspondiente, supone un delito fiscal y conlleva una investigación y un castigo. Una parte de este excedente capitalizado *b* se orienta a sobornos y compra de conciencias; puede estar destinado a individuos (funcionarios, empleados, etcétera), instituciones (bancos, oficinas gubernamentales o incluso a las altas esferas del poder público, etcétera).

Hay múltiples y cambiantes formas de lavar el dinero. Una, frecuente, es entrar en complicidad con un negocio que opera legalmente en la economía formal, de manera tal que el dinero obtenido de las transacciones ilícitas (mediante la fórmula D-M-D', o sea de la venta de la mercancía obtenida por la inversión capitalista en drogas revalorizada por la fuerza de trabajo) se incorpore al capital legal, cumpla sus obligaciones fiscales, y oculte de esa manera su origen. Otra forma de blanquear este dinero es lo que se ha dado en llamar las *Shell Company*, es decir, la creación de empresas legales de fachada o en apariencia, las cuales se registran y parecen actuar como uno más de los negocios existentes, cumpliendo con todas las disposiciones legales requeridas, pero que no llevan a cabo las operaciones que fingen realizar y no son otra cosa que organizaciones creadas para ocultar la procedencia de recursos económicos ilícitos. Cuando hay dificultades para que el dinero sucio de un país se lave en éste, es un hecho habitual que se blanquee en el extranjero, lo cual nos



Si la narcoeconomía es uno de los lados de mayor oscuridad y barbarie del capitalismo contemporáneo, cabe la pregunta de si es posible erradicarla, dar al traste con ella, o no existe otro camino que el de ponerle límites y encontrar la forma en que las dos economías logren adaptarse.

muestra que no sólo el dinero limpio se globaliza, sino que otro tanto ocurre con el dinero sucio.

La economía formal tiene una unidad contradictoria con el narcotráfico. Entre las contradicciones que mantiene con la narcoeconomía se pueden enlistar: *a)* el hecho, ya mencionado, de que esta última escapa a todo gravamen y fiscalización, *b)* es una economía que crea varios enclaves que se rigen por sus propias reglas y que son, por así decirlo, Estados dentro del Estado, *c)* estos enclaves no sólo luchan entre sí —o establecen alianzas— sino que mantienen una franca guerra —similar a la guerra de guerrillas— con el Estado, *d)* los *cartels* de la droga operan como vigorosas entidades económicas competitivas en las finanzas, el comercio, los servicios y la industria, *e)* las narco-empresas no responden a las líneas de acción de las cámaras patronales, como el Consejo Coordinador Empresarial, etcétera. No obstante, y de modo un tanto paradójico, ayudan y apuntalan al sistema. Menciono algunas maneras en que lo hacen: *a)* los narcocapitalistas y los narcoasalariados forman parte, de modo importante, como demandantes o consumidores, del mercado interno capitalista tan deteriorado por el neoliberalismo; *b)* el dinero lavado puede ayudar, y de hecho ayuda, a sus cómplices-socios clandestinos de la banca, la bolsa de valores, la industria y los servicios; *c)* al convertir el dinero sucio en lavado, incrementan la recaudación estatal en países como México, donde es tan habitual la evasión fiscal.

Si la narcoeconomía es uno de los lados de mayor oscuridad y barbarie del capitalismo contemporáneo, cabe la pregunta de si es posible erradicarla, dar al traste con ella, o no existe otro camino que el de ponerle límites y encontrar la forma en que las dos economías logren adaptarse. Las maneras más visibles de combatir al narcotráfico han sido las siguientes: 1) ataque frontal al avispero (al modo de la guerra contra el narcotráfico de Calderón); resultado: además de los severos daños “colaterales” —que ha ameritado elaborar, discutir y promulgar la “Ley General de Víctimas”— tal política ha conducido no sólo a que unos mexicanos maten a otros en niveles cada vez más alarmantes, sino a que, con la aprehensión y muerte de los *capos*, se produzca la dispersión, subdivisión y proliferación del narcotráfico (que puede volver a centralizarse, si le conviene), lo cual se halla lejos de eliminar esta maldición de la sociedad. 2) Declarar públicamente que se continúa el ataque frontal, pero negociar bajo la mesa con los jefes de la “otra economía” (a la manera del viejo PRI y probablemente del “nuevo”). Esta política que, hasta cierto punto, puede reestablecer la paz y corregir los aspectos más negativos del ataque frontal (destinado en realidad al fracaso) está lejos de eliminar la narcoeconomía. Más bien la protege, la alienta y le da un seguro de vida. Y al hacer esto, deja sin corregir los problemas de la salud pública aparejados a la existencia del narcotráfico. 3) Combatir no tanto directa como indirectamente al narcotráfico, es decir, dar prioridad a la lucha contra el lavado de dinero —y todo lo que implica— en vez de enfrentarse directamente con los *cartels* productores y comercializadores de las drogas y estupefacientes de todo tipo. Esta táctica, de la que se habla mucho, ha sido inútil o de efectos muy limitados, por la obvia e innegable razón de que el régimen capitalista tradicional (importantes sectores de la burguesía y una parte nada desdeñable del Estado) no está dispuesto a deshacerse en verdad de esos recursos económicos que benefician a ciertos particulares y al sistema tomado en conjunto. 4) Pugnar por que se legalicen las drogas, empezando por las menos dañinas (mariguana, etcétera) —como ha ocurrido recientemente en Colorado y Washington (EUA)— y siguiendo después con las demás. Esta manera de combatir la narcoeconomía tropieza con dos obstáculos de difícil, si no imposible, superación: la necesidad que tiene el régimen capitalista —no por silenciada o negada, menos real— de la existencia del narcotráfico. La desaparición abrupta de la narcoeconomía acarrearía una crisis de impredecibles consecuencias a un sistema que día con día se ve en la necesidad de sortear los problemas estructural-recesivos que la amenazan. El otro obstáculo tiene que ver con la opinión pública. La parte más conservadora de esta última, está convencida de que la legalización de las drogas, dañaría más que nunca la salud pública, razón por la cual cada vez que se habla de legalizar las drogas pone el grito en el cielo.

Un análisis crítico de la narcoeconomía no puede dejar de tener en cuenta su ampliación a un conjunto de prácticas antisociales —secuestro, trata de blancas, narcomenudeo y robos hormiga, prostitución infantil, etcétera— que la convierten en un importante sector de delincuencia organizada.

A mi manera de ver las cosas, el narcotráfico de drogas no puede tener una verdadera solución en condiciones capitalistas. Es una economía tan imbricada con el

régimen capitalista —y no sólo con el neoliberalismo— que su desaparición resulta no sólo improbable sino imposible. Mientras impere, por un lado, la formación social que tiene como esencia la explotación del hombre por el hombre y la búsqueda de las mejores condiciones para acumular capital, y la vinculación estructural, por otro, de la economía formal y la narcoeconomía, lo más que se puede lograr es una política adaptacionista y de relativa convivencia pacífica que, de lograrse, ni siquiera tendría asegurada su existencia, ya que en el sistema capitalista ninguna reforma progresiva, dado el papel disruptivo del lucro, garantiza su prevalencia e impide su degeneración.

Como se precisa en el título de este escrito, no es el propósito del autor abordar con detalle y profundidad los múltiples aspectos del narcotráfico, ni mucho menos agotar el tema. No tengo la intención, ni tampoco la posibilidad de hacerlo, de hablar de Don Neto (Ernesto Fonseca Carrillo), Félix Gallardo, Caro Quintero, El Chapo Guzmán, El señor de los cielos (Amado Carrillo Fuentes), los Beltrán Leyva, los Arellano Félix, etcétera. Mi pretensión va por otro lado: sugerir un método para abordar el tema en cuestión que difiere de la manera habitual de realizarlo y que, al hacer a un lado la maleza ideológica que oscurece y perturba la correcta lectura del problema, nos permita conocer con mayor justeza la génesis, el desarrollo y la posibilidad de dar al traste con este flagelo de la humanidad.

Enero del 2013